

## TIEMPO Y ESPACIO EN EL PENSAMIENTO COSMOLÓGICO TAÍNO \*

Acaso pueda pensarse que son demasiado imprecisos y escasos los elementos de que disponemos para plantear las cuestiones propuestas en este trabajo. En efecto, sólo contamos con los breves apuntes de fray Ramón Pané y los dispersos artefactos ceremoniales que se conservan en algunos museos y colecciones particulares. Ahora bien, no obstante la patente penuria de esos datos, en las últimas dos décadas se han hecho sustanciales progresos que permiten reexaminar esos temas con el objetivo de abrir nuevos senderos de interpretación en ese campo.

Con respecto a los apuntes de Pané, señalemos que Ernst Cassirer, en su ya clásico estudio *Lenguaje y mito* ha declarado:

La noción de que el nombre y la esencia guardan entre sí una interna y necesaria relación, de que el nombre no denota meramente sino que en efecto es la esencia de su objeto, de que la potencia del objeto se prolonga en el nombre, constituye uno de los supuestos fundamentales de la conciencia mitificadora<sup>1</sup>.

Y recordemos que en 1974, tras siglos de infructuosos intentos, se logró fijar las estragadas grafías de las voces con las que los taínos nombraban a sus dioses, y que a partir de

---

\* Conferencia dictada en el Primer Congreso Nacional de Arqueología Amado Franco Bidó, Santo Domingo, 6 a 8 de septiembre de 1985. La versión oral ha sido ampliada con citas y comentarios allí sucintamente esbozados.

<sup>1</sup> Cito y traduzco de la edición inglesa de SUSANNE K. LANGER, *Language and Myth*, New York, Dover Publications, 1946, pág. 3.

ese fundamental avance ha sido posible descodificar sus recónditos sentidos y revelar la naturaleza, los atributos y las funciones que sus creyentes les asignaban<sup>2</sup>. Y asimismo que al siguiente año de 1975 se dieron a conocer, debidamente ordenados e identificados, numerosos artefactos que corroboran y amplían los informes registrados por Pané<sup>3</sup>.

Aprovechando el resultado de esas investigaciones podemos abordar el tema comenzando por los mitos de origen recogidos en la *Relación*. Dicen así:

Hubo un hombre llamado Yaya, del que no saben el nombre, y su hijo se llamaba Yayael, que quiere decir hijo de Yaya. El cual Yayael, queriendo matar a su padre, éste lo desterró, y así estuvo desterrado cuatro meses, y después su padre lo mató, y puso los huesos en una calabaza, y la colgó del techo de su casa, donde estuvo colgada algún tiempo (*Relación*, IX, 15-16).

Interrumpamos la cita en esta primera mención del tiempo para comentar el fragmento acotado. Las investigaciones arriba mencionadas autorizan a declarar que en las lenguas arahuacas la voz *la* significa 'espíritu, esencia, causa primera de la vida', voz que al ser repetida forma un superlativo por duplicación equivalente a 'Espíritu Supremo o Sumo Espíritu', y de ahí que sus informantes le dijeran no saber, o tal vez no querer pronunciar, el nombre sacro de Yaya. La rebelión de Yayael, hijo de Yaya, corresponde a la del príncipe joven contra el rey viejo, que con frecuencia aparece en otras mitologías. La ejecución del hijo rebelde es analógica a la de Cronos consumiendo a su prole. La costumbre de guardar los huesos en una calabaza (*jigüera*)

<sup>2</sup> Fray RAMÓN PANÉ, *Relación acerca de las antigüedades de los indios*. Nueva versión con estudio preliminar, notas y apéndices. México, Siglo XXI Editores, 1974, 8ª ed., corregida y aumentada, 1988. La fijación de los nombres y la declaración de sus respectivos significados están documentadas en las notas al texto. Todas las citas corresponden a la 8ª ed.

<sup>3</sup> En *Mitología y artes prehispánicas de las Antillas*, México, Siglo XXI Editores, 1975; 2ª ed., revisada y ampliada, 1989. Todas las referencias corresponden a esta 8ª ed.

se conservaba a la llegada de Colón, que así lo consignó en su *Diario del primer viaje*. Por último, los cuatro meses del destierro no equivalen a la unidad cronométrica que sugiere la palabra *mes*: representa un tiempo, vago e impreciso, semejante a los bíblicos siete días en los que Jehová creó el mundo. Por otra parte, la mención específica del tiempo medido en cuatro unidades permite indicar desde ahora que si el número mágico en el Viejo Testamento es el siete, y entre los cristianos es el tres, en las creencias amerindias es el cuatro<sup>4</sup>.

El párrafo acotado continúa así:

Sucedió que un día, con deseos de ver a su hijo, Yaya dijo a su mujer: "Quiero ver a nuestro hijo Yayael". Ella se alegró, y bajando la calabaza la volcó para ver los huesos de su hijo. De la cual salieron muchos peces grandes y chicos. De donde viendo que aquellos huesos se habían convertido en peces resolvieron comerlos (*Relación*, IX, 16).

Los informes de Pané refieren a continuación sucesos igualmente portentosos:

Dicen, pues, que un día, habiendo ido Yaya a sus conucos... llegaron cuatro hijos de una mujer, que se llamaba Itiba Cahubaba, todos de un vientre y gemelos; la cual mujer, habiendo muerto de parto, la abrieron y sacaron fuera los cuatro dichos hijos, y el primero que sacaron era caracaracol, que quiere decir sarnoso, el cual caracaracol tuvo por nombre [Deminán]; los otros no tenían nombre.

Los cuatro hijos gemelos de Itiba Cahubaba, que murió de parto, fueron juntos a coger la calabaza de Yaya, donde estaba su hijo Yayael, que se había transformado en peces, y ninguno se atrevió a cogerla, excepto Deminán Caracaracol, que la descolgó, y todos se hartaron de peces.

Y mientras comían, sintieron que venía Yaya de sus posesiones, y queriendo en aquel apuro colgar la calabaza, no la colgaron bien,

<sup>4</sup> La decisiva importancia del número cuatro en el pensamiento mítico amerindio ya fue advertida en el siglo XIX por DANIEL G. BRINTON, *The Myths of the New World*, New York, 1876, pág. 68.

de modo que cayó en tierra y se rompió. Dicen que fue tanta el agua que salió de aquella calabaza, que llenó toda la tierra, y con ella salieron muchos peces; y de aquí dicen que haya tenido origen el mar (*Relación*, IX-XI, 16-18).

En este contexto mítico Itiba Cahubaba, la Anciana Ensangrentada, roturada para que de sus entrañas salieran sus multiplicados frutos, es la Madre Tierra. Corresponde, pues, a Pachamama, la Madre Tierra incaica, y a Coatlicue, la Madre Tierra azteca. Avanzando el paralelismo con esta última, los Cuatro Gemelos son los Cuatro Vientos, los Cuatro Rumbos Cardinales, o para ser más específicos, Deminán Caracaracol y sus hermanos son homólogos de Quetzalcóatl y los otros tres Tezcatlipocas<sup>5</sup>.

Los Cuádruples, temerosos de la ira de Yaya, se dan a la fuga y llegan a casa de un anciano llamado Bayamanaco.

Éstos, tan pronto como llegaron a la puerta de Bayamanaco, y notaron que llevaba cazabe, dijeron "Ahiacabo guaórocoel", que quiere decir 'conozcamos a este nuestro abuelo'. Del mismo modo Deminán Caracaracol, viendo delante de sí a sus hermanos, entró para ver si podía conseguir algún cazabe ... Caracaracol, entrado en casa de Bayamanaco, le pidió cazabe ... Y éste se puso la mano en la nariz, y le tiró un guanguayo a la espalda, el cual guanguayo estaba lleno de cohoba ... Y así les dio por pan aquel guanguayo, en vez del pan que hacía, y se fue muy indignado porque se lo pedían.

Caracaracol, después de esto, volvió junto a sus hermanos, y les contó lo que le había sucedido con Bayamanaco, y del golpe que le había dado con el guanguayo en la espalda, y que le dolía fuertemente. Entonces sus hermanos le miraron la espalda, y vieron que la tenía muy hinchada, y creció tanto aquella hinchazón, que estuvo a punto de morir. Entonces procuraron cortarla, y no pudieron, y tomando un hacha de piedra se la abrieron, y salió una tortuga viva, hembra, y así se fabricaron su casa y criaron la tortuga (*Relación*, XI, 18-20).

Continuando la descodificación, Bayamanaco es, igual que entre los aztecas, el Dios Viejo, Señor del Fuego. De

<sup>5</sup> De la considerable bibliografía sobre este asunto destaco, por su claridad y concisión, ALFONSO CASO, *El pueblo del Sol*, México, 1953, págs. 19 y sigs.

ahí que Deminán, entrando inopinadamente en la casa, lo sorprende cuando hacía su pan y descubre que la torta era cocida sobre un burén puesto al fuego. Por consiguiente, lo que el nieto le pide no es únicamente cazabe sino el secreto de su confección. Es, pues, el fuego lo que este Prometeo americano le roba al celoso guardián del secreto. En castigo el anciano le lanza a la espalda el guanguayo<sup>6</sup>, la materia mucosa impregnada del polvo de cohoba. Y en este caso el guanguayo actúa a manera de semen que mágicamente engendra la tortuga en la espalda de Deminán. Sobre lo que ocurrió después de la inusitada gestación y nacimiento de la tortuga, Pané guarda discreto silencio y sólo apunta: “Y así se fabricaron su casa y criaron la tortuga”. Y para excusar su reticencia añade a lo citado: “De esto no he sabido más y poco ayuda lo que llevo escrito”. Anglería, menos parco, o acaso más perspicaz, explícitamente escribe: “De la úlcera cuentan que nació una mujer, de la cual todos los hermanos usaron mutuamente y de ella engendraron hijos e hijas”. La evidencia iconográfica demuestra que en efecto fue una tortuga<sup>7</sup>. De todos modos, tortuga hembra o mujer, lo esencial del mensaje es que esta Eva americana será la

<sup>6</sup> Las imaginativas explicaciones del término *guanguayo* han dado lugar a serias inexactitudes. En una traducción al español del libro de FERNANDO COLÓN se dice: “le tiró una *calabaza* en las espaldas que estaba llena de cohoba” (Madrid, 1892, I, 292). El profesor EDWARD G. BOURNE lo traduce por “tobacco pouch”, es decir, una pequeña bolsa para guardar picadura de tabaco (en su *Columbus, Pane and the Beginning of American Anthropology*, Worcester, Mass., 1906, pág. 17). Y en reciente artículo el crítico peruano SANTIAGO LÓPEZ MAGUIÑA se pregunta: “We might ask at this point what relationship exists between the *guanguayo*, the laxative *cohoba*, the turtle and the dwelling”. Y con alegre coprolalia se responde a sí mismo: “The laxative allows for a cleansing of the body through the expulsion of excrement; the turtle may be interpreted as a metamorphosis of the feces within Caracaracol’s body. The feces and the turtle are associated with the earth; the former has the ability to fertilize the land, while the latter is associated with nourishment and self-sufficiency as it carries its own shell or shelter” (*Colonial Writing and Indigenous Discourse in Ramón Pané’s Relación* acerca de las antigüedades de los indios, en RENÉ JARA & NICHOLAS SPADACCINI, eds., *Amerindian Images and the Legacy of Columbus*, Minneapolis & London, University of Minnesota Press, 1992, pág. 306).

<sup>7</sup> *Vid.*, láminas 56 y 57 en la referida 2ª ed. de *Mitología y artes prehispánicas de las Antillas*.

mítica progenitora del género humano. Los Cuatro Gemelos terminan así sus cósmicas peregrinaciones y comienzan una vida sedentaria en la que levantan moradas estables, cultivan la tierra y cocinan sus alimentos con el recién adquirido secreto del fuego. Y también termina la primera de las edades cósmicas, la edad de los dioses creadores.

La segunda edad, a punto ya de comenzar, será la edad de los primeros hombres. En la imprecisa mensura de los tiempos míticos pasan siglos, tal vez milenios, y los descendientes de los Cuatro Gemelos y la Tortuga Hembra al fin aparecen en las islas antillanas. La escritura de Pané, tan llena de arcanos sentidos, vuelve al principio de la *Relación* y en los dos primeros capítulos relata lo siguiente:

*De qué parte han venido los indios y en qué modo*

La Española tiene una provincia llamada Caonao, en la que está una montaña que se llama Cauta, que tiene dos cuevas nombradas Cacibajagua una y Amayaúna la otra. De Cacibajagua salió la mayor parte de la gente que pobló la isla. Esta gente, estando en aquellas cuevas, hacía guardia de noche, y se había encomendado este cuidado a uno que se llamaba Mácoael, el cual, porque un día tardó en volver a la puerta, dicen que se lo llevó el Sol ... y así fue transformado en piedra cerca de la puerta. Después dicen que otros, habiendo ido a pescar, fueron presos por el Sol y se convirtieron en árboles que se llaman jobos ... Sucedió que uno, que tenía por nombre Guahayona, dijo a otro, que se llamaba Yahubaba, que fuese a coger una hierba llamada digo, con la que se limpian el cuerpo cuando van a lavarse. Éste salió antes de amanecer, y lo cogió el Sol por el camino, y se convirtió en pájaro que canta por la mañana, como el ruiseñor, y se llama yahubabayael. Guahayona, viendo que no volvía el que había enviado a coger el digo, resolvió salir de la dicha cueva Cacibajagua (I-II, 6-7).

De nuevo recorro a la descodificación de los nombres para descifrar el fascinante mensaje inscrito en este párrafo. La "provincia llamada Caonao" no es tal provincia de la Española, sino un paraje imaginario 'abundante en oro', oro que, como los demás metales y las piedras preciosas, es un don que exudan los dioses. La "montaña que se llama Cauta" tampoco es un accidente geográfico cualquiera, sino otro

paraje imaginario que los lectores familiarizados con las mitologías europeas reconocerán como analógico del Monte Olimpo, el Sacro Monte o la Montaña Mágica. Esas dilucidaciones confieren un sentido ulterior tanto a las cavernas como a las transformaciones que sufren los que prematuramente se arriesgan a salir de ellas. De Cacibajagua (*caciba* o *cacimba* 'oquedad en el terreno' y *jagua*, árbol de fruto comestible con cuyo zumo se pintaban el cuerpo de negro), emergen los principales moradores de las islas, los taínos. De Amayaúna ('carente de valor o mérito') salen los grupos menos numerosos e importantes, los ciguayos, ciboneyes y guanahatabeyes.

Por otra parte, al quebrarse la jiguera de Yaya y derramarse el mar y los peces, las islas así formadas no eran todavía lugares propicios para sustentar la vida humana. Para hacerlas habitables, Pané apunta que "el Sol y la Luna salieron de una cueva que está en el país de un cacique llamado Mautiatihuel, la cual cueva se llama Iguanaboina". En esa cueva había dos cemíes, y a dichos cemíes "al uno le llamaban Boinayel y al otro Márohu".

Pues bien, Mautiatihuel significa 'Señor de la Alborada'. En Iguanaboina *iguana* es obviamente el reptil que por andar durante el día por tierras secas y soleadas alude al buen tiempo, y *boina* 'serpiente parda' es metaforización de las nubes grises cargadas de lluvia. *Boinayel* 'Hijo de la Serpiente Parda' es quien rige la llegada de las lluvias bienhechoras, y *Márohu* 'Sin Nubes', quien se encarga de que vuelvan los días claros y despejados. Establecida la alternación del Sol y la Luna, la luz y las tinieblas, el tiempo seco y el lluvioso, incumbe al Sol realizar con sus cálidos rayos otras imprescindibles tareas. A *Mácoael* 'Sin párpados', el desvelado guardián a la entrada de la gruta, lo apresa fuera de la puerta y lo convierte en piedra, es decir, representación metonímica del reino mineral. A otros, que habían ido a pescar, los apresa por el camino y los transforma en árboles llamados jobos, metonimia por el reino vegetal. Y a *Yahubaba*, que había salido antes del amanecer, también

lo apresa y lo convierte en pájaro que canta por la mañana, como el ruiseñor, y se llama *Yahubabael* 'descendiente de Yahubaba', representando así al resto del reino animal que vive en la tierra y el aire. De ese modo quedaban las islas preparadas para ser la morada ideal del hombre. Y al precisar que las rocas, los árboles y las aves se han formado de la misma materia que el hombre, el mito afirma la esencial unidad entre la naturaleza y los seres humanos en el mundo panteísta concebido por el aborigen americano. Llegado este momento, Guahayona ordena a los que habitaban en la penumbra de las grutas que salieran a la luz solar, y se dispersaran por las anchas sabanas y los fértiles valles de las Antillas. Con esa magna dispersión terminaba la segunda edad del tiempo cósmico: la del hombre primitivo, acostumbrado a guarecerse en refugios naturales y a vivir en las precarias condiciones de las más remotas etapas de la prehistoria.

Comienza entonces una tercera edad, la edad en que ocurre la paulatina evolución del hombre natural en hombre social. Los informes que Pané recoge sobre esa largo proceso son tan vagos e incoherentes que ese fragmento de la *Relación* resulta el más hermético de todos. En resumidas cuentas el fraile apunta que Guahayona también resolvió marcharse.

Y dijo a las mujeres: "Dejad a vuestros maridos, y vámonos a otras tierras y llevemos mucho güeyo. Dejad a vuestros hijos y llevemos solamente la hierba con nosotros, que después volveremos por ellos".

Guahayona partió con todas las mujeres, y se fue en busca de otros países, y llegó a Matininó, donde en seguida dejó a las mujeres, y se fue a otra región, llamada Guanín, y habían dejado a los niños pequeños junto a un arroyo. Después, cuando el hambre comenzó a molestarles, dicen que lloraban y llamaban a sus madres que se habían ido; y los padres no podían dar remedio a los hijos, que llamaban con hambre a las madres, diciendo "mama" para hablar, pero verdaderamente para pedir la teta. Y llorando así, y pidiendo teta, diciendo "toa, toa", como quien pide una cosa con gran deseo y muy despacio, fueron transformados en pequeños animales, a manera de ranas, que se llaman tona, por la petición que hacían de la teta; y de esa manera quedaron todos los hombres sin mujeres...

[Cuando se marchó Guahayona] asimismo se llevó las mujeres de su cacique, que se llamaba Anacacuya, engañándolo como engañó a los otros. Y además un cuñado de Guahayona, Anacacuya, que se iba con él, entró en el mar; y dijo dicho Guahayona a su cuñado, estando en la canoa: “Mira qué hermoso cobo hay en el agua”, el cual cobo es el caracol de mar. Y cuando éste miraba al agua para ver el cobo, su cuñado Guahayona lo tomó por los pies y lo tiró al mar; y así tomó todas las mujeres para sí, y las dejó en Matinínó, donde se dice que hoy día no hay más que mujeres. Y él se fue a otra isla, que se llama Guanín, y se llamó así por lo que se llevó de ella cuando fue allá.

Dicen que estando Guahayona en la tierra adonde había ido, vio que había dejado en el mar una mujer, de lo cual tuvo gran placer, y al instante buscó muchos lavatorios para lavarse, por estar lleno de aquellas llagas que nosotros llamamos mal francés. Ella lo puso entonces en una guanara, que quiere decir lugar apartado; y así, estando allí sanó de sus llagas. Después le pidió licencia para seguir su camino y ella se la dio. Llamábase esta mujer Guabonito. Y Guahayona se cambió el nombre, llamándose de ahí en adelante Albeborael Guahayona. Y la mujer Guabonito le dio a Albeborael Guahayona muchos guanines y muchas cibas, para que las llevase atadas a los brazos, pues en aquellas tierras las cibas son de piedras que se asemejan mucho al mármol, y las llevan atadas a los brazos y al cuello, y los guanines los llevan en las orejas, haciéndose agujeros cuando son pequeños, y son de metal casi como de florín. El origen de estos guanines dicen que fueron Guabonito, Albeborael Guahayona y el padre de Albeborael.

Guahayona se quedó en la tierra con su padre, que se llamaba Híauna. Su hijo por parte de padre se llamaba Híaguaili Guanín, que quiere decir hijo de Híauna, y desde entonces se llamó Guanín, y así se llama hoy día. Y como no tienen letras ni escritura, no saben contar bien tales fábulas, ni yo puedo escribirlas bien. Por lo cual creo que pongo primero lo que debiera ser último y lo último primero (*Relación*, III-VI, 7-13).

Ateniéndome a que Pané probablemente puso “primero lo que debiera ser último y lo último primero”, intentaré la descodificación de este extenso trozo comenzando por el último párrafo. Los nombres y las relaciones familiares que allí se registran resultarían un incomprensible galimatías si no fuera porque declara que el hijo de Híauna “desde entonces se llama Guanín y así se llama hoy día”. Es bien sabido que *guanín*, según lo explican Pané y otros cronistas,

es una especie de oro bajo “casi como de florín” (realmente una aleación de oro, plata y cobre<sup>8</sup>). Menos sabido es que *guaní*, con la *i* nasalizada, es también la voz indígena con que se conoce el colibrí en zonas rurales de la República Dominicana y de las provincias orientales de Cuba<sup>9</sup>. Esa insospechada verificación nos remite al mito aborigen que explica las manchas en la faz de la Luna. De las numerosas versiones del mito que he hallado, desde las Antillas y la cuenca amazónica hasta Alaska<sup>10</sup>, citaré dos de las más próximas geográfica y culturalmente al pueblo taíno. La primera de esas versiones fue recogida hacia mediados del siglo XVI por el abate Raymond Breton entre los caribes de la isla de Guadalupe. Traducida del francés de aquella época al español actual dice así:

*Ierétté* o *yerette*, colibrí. Los caribes imaginan que la Luna (que ellos hacen pasar por un hombre), vio a una joven dormida y la embarazó, lo que obligó a la madre de ésta a poner una persona que la vigilara y a él sorprendiera y ennegreciera con jagua para reconocerlo; y según dicen ellos, éstas son las manchas que todavía hoy aparecen en ese astro. Al hijo que tuvo la joven se le llamó Híali, y creen que éste fue el fundador de la nación caribe. Se escogió al pajarillo en cuestión para llevar el niño a su padre, y habiéndolo hecho con gran fidelidad, le fueron dados por recompensa un bello penacho en la cabeza y diversos colores en el plumaje para hacerlo una maravilla de la naturaleza<sup>11</sup>.

La otra versión, de origen arahuaco, la recogió en el siglo XIX entre los indios de las Guayanas Walter E. Roth. El texto, que traduzco del inglés, es el siguiente:

<sup>8</sup> Vid. PAUL RIVET, *L'orfèvrerie précolombienne des Antilles, des Guyanes et du Venezuela, dans ses rapports avec l'orfèvrerie et la métallurgie des autres régions américaines*, en *Journal de la Société des Américanistes de Paris*, Nouvelle série, XV, 1923, 183-213.

<sup>9</sup> ALFREDO ZAYAS y ALFONSO, *Lexicología antillana*, La Habana, Imprenta El Siglo XX, 1914, pág. 262.

<sup>10</sup> *Mitología y artes prehispánicas* ... pág. 102 y nota 11.

<sup>11</sup> RAYMOND BRETON, *Dictionnaire caraïbe-français*, Auxerre, 1665; traduzco de la edición facsímil, Leipzig, 1892, pág. 412.

Había una vez un hermano y una hermana que vivían solos. Todas las noches, en cuanto oscurecía, alguien visitaba a la hermana, prodigándole caricias a las cuales ella en nada se oponía. Aunque llena de curiosidad por saber quién era el desconocido visitante, no lograba descubrirlo. Entonces una noche se untó las manos del hollín del fondo de una cazuela, y cuando llegó el amante se las pasó por la cara. Así, al amanecer logró descubrir que era su propio hermano quien se había aprovechado de ella. Llena de cólera lo insultó repetidas veces y se lo contó a los vecinos, quienes a su vez difundieron su escandalosa conducta a los cuatro vientos. En consecuencia todo el mundo lo esquivaba, y llegó a sentirse tan avergonzado, que resolvió apartarse de todos e irse a vivir solo. Ahora es la Luna, y las manchas que todavía tiene en la cara son las que hace muchos años le imprimió su hermana con el hollín<sup>12</sup>.

Como ambas versiones se entrelazan y complementan, la segunda versión destaca un pormenor que no aparece en la primera: el misterioso visitante nocturno era el propio hermano de la joven. La cólera de ésta, la repulsa de la tribu entera y la vergüenza que sufre el culpable dejan bien a las claras que el mito en realidad codifica la prohibición del incesto. Esa era la pieza que faltaba en el rompecabezas propuesto por Pané. Es también la que permite que volvamos al principio del pasaje y desde allí procedamos a su análisis.

En los primeros tiempos de la creación del hombre los hijos e hijas de los Cuatro Gemelos y la Tortuga Hembra, no teniendo contacto alguno con otros grupos humanos, necesariamente tuvieron que cohabitar entre sí para reproducirse. Luego, estando ya en las Antillas, aislados en la caverna de Cauta, viviendo en la etapa más primitiva del hombre natural, sin pautas para la convivencia social, continuaron ayuntándose sin tener en cuenta los vínculos de sangre que existían entre ellos. Ese fue su pecado original: haber transgredido la prohibición del incesto. Precisamente por eso fueron castigados a que padeciesen la enfermedad que los españoles llamaban “el mal francés” (la sífilis).

---

<sup>12</sup> WALTER E. ROTH, *An Inquiry into the Animism and Folk-lore of the Guiana Indians*, Washington, D. C., 1915, pág. 256.

Para romper el círculo vicioso de transgresión y castigo, Guahayona resolvió partir con todas las mujeres hacia otras tierras, instándolas a que sólo llevaran “mucho güeyo” para lavarse las llagas producidas por la enfermedad que padecían. Esta recomendación sería, de paso, la primera alusión al origen de la medicina.

En la descripción del viaje aparecen otros indicios de los avances técnicos que lograba aquella sociedad en evolución. Por primera vez se declara que el viaje se haría en canoa. Ello demuestra que habían aprendido a talar grandes árboles e inventado los implementos necesarios para convertir los troncos en canoas capaces de navegar por las vías fluviales o bordeando las costas, o por mar afuera “en busca de otros países”.

Para orientarse de noche, alejados de tierra, habían aprendido también a observar la órbita de los astros por el firmamento. La transformación de los niños en “pequeños animales a manera de ranas” y la caída al mar de Anacacuya sirven para documentar los conocimientos astronómicos que ya poseían aquellos avezados navegantes. En la edición de Pané propuse que *Anacacuya* (de *ánna* ‘centro, medio’ y *cuya*, *cuhuya* ‘estrella, constelación’) pudo significar ‘Estrella Central’. Partiendo de ese análisis lingüístico, y apoyándose en rigurosas investigaciones arqueoastronómicas, Sebastián Robiou Lamarche ha postulado, en un brillante trabajo titulado *Astronomy in Taino Mythology*<sup>13</sup>, que Anacacuya es la representación de la Estrella Polar, en el centro de la constelación llamada la Osa Mayor. Esa constelación, observada desde las Antillas, en su ciclo anual se hunde bajo el horizonte desde abril hasta agosto. Ese período coincide con la primera estación de lluvias. Y cuando ella reaparece sobre el horizonte, comienza la época de los huracanes. El viaje se emprendía, por consiguiente, en los meses más propicios para aquella aventura.

---

<sup>13</sup> SEBASTIÁN ROBIOU LAMARCHE, *Astronomy in Taino Mythology*, en *Archaeoastronomy*, VII, 1984, 110-115.

En ese mismo contexto los niños abandonados junto a un arroyo (aguas), que lloran inconteniblemente (lágrimas = lluvia), que son transformados en pequeños animales semejantes a las ranas (ranas, símbolo universal de aguas pluviales) y se llaman *tona* (*toa*, *tona* 'agua' en varios dialectos arahuacos), obviamente conllevan un sentido cosmológico relacionado con la estación de las lluvias. Mediante el estudio comparativo de este segmento del mito con otros recogidos entre tribus del Amazonas y el Orinoco, Robiou Lamarche también ha propuesto que los niños llorones representan a las Pléyades. De modo que la identificación de ambas constelaciones permite inferir que los taínos habían adquirido un sofisticado calendario astronómico, válido tanto para emprender largos viajes marítimos como para planificar la siembra y recolección de sus cosechas.

Continuando el relato, Guahayona llega a la isla de Matininó y allí abandona a las mujeres. Samuel E. Morison ha declarado que Matininó es la Martinica. No es así. Los guías indígenas que acompañaban a Colón al regreso del primer viaje le indicaron que Matininó se hallaba hacia el Noreste de la Española; Martinica queda al Sureste. Y el nombre aborigen de Martinica no era Matininó. Era, tal como lo registró el abate Breton en grafía francesa de 1665, *Ioüanacaéera*, es decir, *Iguanacairi* 'Cayo Iguana' o 'Isla de Iguanas'. Matininó, en cambio, literalmente significa 'Sin-padre-s', sentido que se ajusta plenamente al contexto del mito<sup>14</sup>.

Aligerado de las indeseadas pasajeras, Guahayona prosigue el viaje hacia otra isla mítica, Guanín. Tan pronto llega se lava las llagas del mal que padecía, y una mujer que allí moraba, Guabonito, lo aísla en un lugar apartado, lo cura de su dolencia y le otorga muchas cibas y guanines. En una magistral exégesis la profesora Mercedes López-Ba-

---

<sup>14</sup> Me he ocupado de ésta y otras confusiones de Morison en varios lugares. El más reciente es el artículo *En demanda de Cathay: lo real y lo imaginario en el Diario del primer viaje de Colón*, en *Boletín de la Academia Norteamericana de la Lengua Española*, 8 (1992), 9-25.

ralt ha demostrado que Guahayona, héroe cultural taíno, protagoniza en este episodio los ritos de pasaje, la adquisición del poder tribal y las investiduras cacicales<sup>15</sup>. Luego de recibir estos dones, pide licencia para continuar su camino y regresa a Cauta, la tierra de su padre. Faltaba, empero, algo de no escasa importancia para cerrar esta tercera edad en la que el hombre natural llegaba a ser el hombre social. Como se recordará, después del rapto de las primeras taínas, los hombres habían quedado sin mujeres. Y esa situación se resuelve de una manera tan expedita que Pané, generalmente parco, en esta ocasión se complace en referir el episodio con lujo de pormenores gráficos. Escribe en los capítulos VII y VIII:

*Cómo hubo de nuevo mujeres en la dicha isla de Haití,  
que ahora se llama la Española.*

Dicen que un día fueron a lavarse los hombres, y estando en el agua, llovía mucho, y que estaban muy deseosos de tener mujeres; y que muchas veces cuando llovía, habían ido a buscar las huellas de sus mujeres; mas no pudieron encontrarlas. Pero aquel día lavándose, dicen que vieron caer de algunos árboles, bajándose por entre las ramas, una cierta forma de personas, que no eran hombres ni mujeres, ni tenían sexo de varón ni de hembra, las cuales fueron a cogerlas; pero huyeron como si fuesen anguilas. Por lo cual llamaron a dos o tres hombres por mandado de su cacique, puesto que ellos no podían cogerlas, para que viesan cuántas eran, y buscasen para cada una un hombre que fuese caracaracol, porque tenían las manos ásperas, y que así estrechamente las sujetasen. Dijeron al cacique que eran cuatro; y así llevaron cuatro hombres que eran caracaracoles . . . Después que las hubieron cogido, tuvieron consejo sobre cómo podían hacer que fuesen mujeres, puesto que no tenían sexo de varón ni de hembra.

*Cómo hallaron remedio para que fuesen mujeres.*

Buscaron un pájaro que se llama inriri, antiguamente llamado inriri cahubabayael, el cual agujerea los árboles, y en nuestra lengua

---

<sup>15</sup> He documentado la sobrevivencia del taíno en mi artículo *Las dos caras de la conquista: de las opuestas imágenes del otro al debate sobre la dignidad del indio*, en MIGUEL LEÓN PORTILLA et al., eds., *De palabra y obra en el Nuevo Mundo*, vol. 1, *Imágenes interétnicas*, Madrid, Siglo XXI de España, 1992, 63-85.

llámase pico. E igualmente tomaron a aquellas mujeres sin sexo de varón ni de hembra, y les ataron los pies y las manos, y trajeron el pájaro mencionado, y se lo ataron al cuerpo. Y éste, creyendo que eran maderos, comenzó la obra que acostumbra, picando y agujereando en el lugar donde ordinariamente suele estar el sexo de las mujeres. Y de este modo dicen los indios que tuvieron mujeres, según cuentan los más viejos.

Con la operación sufrida por las cuatro ambiguas doncellas se completaba un imprescindible pormenor en la creación de la otra mitad del género humano. Con la consumación de ese gozoso empeño terminaba la tercera edad del tiempo cósmico.

La cuarta edad, iniciada bajo tan felices augurios, es la etapa en la que la cultura taína alcanza su mayor desarrollo. Superadas las consecuencias del pecado original, sacralizado el poder investido en sus caciques y codificadas las claves de su saber y su ley, se dieron a vivir en armonía con la naturaleza y en paz con sus prójimos. Fue durante esa prolongada etapa cuando perfeccionaron el cultivo de la tierra con métodos que aumentaban el rendimiento de sus conucos, idearon diversos modelos de construcciones habitacionales admirablemente adaptados al clima y la ecología de las islas, ordenaron el espacio de sus yucayeques con cuatro calles que partían de la plaza central, en la que realizaban sus juegos, sus bailes y sus fiestas, aprendieron a tejer frescas hamacas cuyo uso se generalizó luego entre otras generaciones y culturas, moldearon piezas de cerámica que hoy admiramos por la maestría y belleza de su ejecución, y en fin, hicieron de su lengua, según el testimonio de Colón, “un habla la más dulce del mundo, y mansa, y siempre con risa”. Y así, por luengos siglos, hasta la mañana en que aparecieron por el horizonte tres extrañas naves, con extrañas gentes de extrañas cataduras y extrañas costumbres. La luminosa alborada del 12 de octubre de 1492 señalaría, paradójicamente, el ocaso de su cultura. Y terminaba así la cuarta edad de la cosmología taína.

La quinta edad — el quinto sol de los pueblos mesoamericanos y andinos — sería breve y calamitosa. Y también

estuvo prevista y fatídicamente anunciada. Fray Ramón Pané, que llegó apenas iniciado el proceso de su obliteración, registró el fatal presagio en estos términos:

*De las cosas que afirman haber dicho dos caciques principales de la isla Española, uno llamado Cacibaquel, padre del mencionado Guarionex, y el otro Guamanacnel.*

Y a aquel Gran Señor, que dicen está en el cielo, según está escrito en el principio de este libro, hizo Cáicihu un ayuno . . . Y dicen que este cacique afirmó haber hablado con Yucahuguamá, quien le había dicho que cuantos después de su muerte quedasen vivos gozarían poco tiempo de su dominio, porque vendría a su país una gente vestida, que los habría de dominar y matar, y que se morirían de hambre. Pero ellos pensaron primero que éstos habrían de ser los caníbales; mas luego, considerando que éstos no hacían sino robar y huir, creyeron que otra gente habría de ser aquella que decía el cemí. De donde ahora creen que se trata del Almirante y de la gente que lleva consigo (XXV, 39-40).

Y pasó tal como lo había advertido el Gran Señor del panteón taíno. El vaticinio de Yucahuguamá no fue invención de los conquistadores para racionalizar sus actos atribuyéndolos a un designio divino; correspondió al concepto que del tiempo tenían los pueblos amerindios. Para los amautas incaicos, los filósofos mayas y aztecas y los más entendidos caciques antillanos, el tiempo consistía en una sucesión de edades, cada una de las cuales terminaba con sucesos que cambiaban radicalmente el rumbo de la humanidad. En el mundo andino, según Guaman Poma de Ayala, la época de los incas era la quinta, y terminaría apocalípticamente. Para los augures de la altiva Tenochtitlán llegaba el fin de su quinto sol, y concluiría catastróficamente. El ominoso relato que hizo Cáicihu a los otros caciques anunciaba el ineluctable fin de la edad de mayor auge de su civilización. Ahora bien, presagios aparte, importa recordar que, si la violenta oleada invasora trastornó para siempre el destino de aquellos pueblos, no destruyó las raíces. Ni en el continente ni en las islas. En otras ocasiones he documentado que los taínos no fueron exterminados. Hubo sobrevivientes

a la hecatombe. Éstos fueron gradualmente asimilados a la cultura dominante, y en la etapa de contacto transmitieron no sólo sus genes sino también los principales logros de su cultura. Hecha esta imprescindible aclaración, pasemos a deslindar el concepto del espacio en la cosmovisión taína.

Al estudiar una cultura agráfica e irremisiblemente obliterada hace siglos, no podemos depender exclusivamente de los informes recogidos por los primeros cronistas: del tema que nos ocupa no ofrecen dato alguno. Por consiguiente, también hemos de aprender a leer los mensajes que sus artífices tallaron en la piedra o moldearon en su cerámica. Por fortuna he hallado en los fondos del Musée de l'Homme en París un fragmento que corresponde al cuello o vertedero de una garrafa concebida en forma de torso femenino, que culmina en la cabeza que le sirve de apertura. De ese tipo de vasija he localizado otras más, que he podido identificar como imágenes de Itiba Cahubaba, la Madre Tierra. La cabeza del fragmento referido está exquisitamente moldeada para destacar los pormenores que la identifican como la Gran Paridora que ha muerto al dar a luz a los cuádruples. Pero de mayor importancia para nuestra búsqueda, sobre la cabeza sostiene un objeto, a manera de amplio turbante, con incisiones y puntos en los paneles frontal y dorsal. Las incisiones conforman sendos trapecios en los cuales se cifra el cósmico mensaje que corresponde a la figura de Itiba Cahubaba. Partiendo de este postulado asumamos que el lado superior, que es el más corto, representa la trayectoria del sol en el solsticio de invierno (22 de diciembre, el día más breve del año en el hemisferio septentrional); en ese caso, el lado inferior, que es el más largo, correspondería al solsticio de verano (21 de junio). De ese modo, en su cotidiano amanecer y atardecer, el sol ha ido delimitando los bordes del cosmos según lo percibían los observadores desde sus islas. Por consiguiente, lo que Itiba lleva sobre la cabeza — como Atlas sobre los hombros en la mitología griega — sería el mundo. Y el imaginativo diseño de líneas y puntos constituiría un abreviado cosmorama del universo.

Continuando la descodificación, tracemos dos diagonales que partiendo de los ángulos se crucen en el centro del trapecio. Queda así dividido en cuatro sectores que corresponden a los cuatro puntos cardinales. Esos sectores o regiones obedecen al mismo modelo ordenador del espacio cósmico que tuvieron los aztecas, mayas e incas<sup>16</sup>. Siguiendo el paralelismo recordemos que en la mitología azteca, por ejemplo, fueron cuatro los hijos de la Madre Primordial: el Tezcatlipoca Negro o simplemente Tezcatlipoca; el Azul o Huitzilopochtli; el Rojo, nombrado Xipe y Camaxtle, y el Blanco o Quetzalcóatl. Son, desde luego, los Señores de los Cuatro Rumbos. Y uno de ellos, Quetzalcóatl, fue el civilizador del hombre y el que robó el maíz a los dioses para donarlo a los primeros mexicanos. No sería aventurado asumir que en el mismo contexto mítico de las culturas amerindias, los Cuatro Gemelos antillanos tuviesen funciones análogas, y que cada uno de ellos presidiera uno de los cuatro segmentos en que quedó dividido el espacio mítico.

Viene a corroborar esta división cuatripartita del espacio el relato de los cuatro hombres que atraparon a las cuatro figuras asexuadas que bajaban por los árboles —el *axis mundi*— y fueron operadas para que con ellas repoblaran su mundo geográfico: una para cada región o provincia.

Y si prestamos atención a ciertas observaciones de Las Casas, cuatro fueron también las zonas o “cuartones” en que solían ordenar el espacio urbano de sus yucayeques. Una de aquellas noticias dice:

<sup>16</sup> De la abundante bibliografía sobre este asunto me limitaré a citar sólo tres de las obras más significativas. En cuanto a las culturas mexicanas, MERCEDES LÓPEZ-BARALT, *Tiempo y espacio en Mesoamérica*, en *Cuadernos Hispanoamericanos*, Madrid, núm. 397, julio de 1983. Hay sobretiro. Sobre el mundo incaico, aplicando el modelo a sus consecuencias económicas, JEANETTE E. SHERBONDY, *Organización hidráulica y poder social en el Cuzco de los Incas*, en *Revista Española de Antropología Americana*, Madrid, XVII, 1987, 117-153. Y sobre el casi inexplorado mundo ideológico de los pueblos de la cuenca amazónica y los antiguos moradores de las islas caribeñas, JOHANNES WILBERT, *Warao Cosmology and Yekwana Roundhouse Symbolism*, en *Journal of Latin American Lore*, VII, 1 (1981), 37-72.

En medio destes montes hacían los indios sus pueblos, talados los árboles cuanto era menester quedar de raso para el tamaño del pueblo, y cuatro calles en cruz, quedando el pueblo en medio, de 50 pasos de ancho y de luengo un tiro de ballesta<sup>17</sup>.

Agreguemos que el diseño de dos rectas que se cruzan sobre un punto central reaparece en cuencos, botellones, tapas y objetos decorativos tales como los sellos o pintaderas que usaban para adornarse el cuerpo. Quedaría así demostrado cómo concibieron el espacio cósmico, lo representaron imaginativamente en un sencillo trazado lineal y, aplicando el mismo diseño, distribuyeron el espacio geográfico, el urbano y aun el artístico. Todo lo cual constituye una hazaña del pensamiento humano, como también lo es haber conceptualizado el fluir del tiempo, haber adquirido precisos conocimientos calendáricos para determinar el ciclo de los días y las estaciones y ordenar así su vivir cotidiano. O sea, en resumen, que si los resultados de estas investigaciones tal vez resulten limitados e inseguros, no cabe duda de que en las dos últimas décadas hemos logrado una percepción más justa y profunda de la cultura del pueblo taíno.

JOSÉ JUAN ARROM.

Yale University.

---

<sup>17</sup> FRAY BARTOLOMÉ DE LAS CASAS, *Apologética historia de las Indias*, lib. I, cap. III; en la ed. de México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1967. pág. 23.



## L I T E R A T U R A

